

María del Carmen Vázquez Mantecón

*Cohetes de regocijo*

*Una interpretación de la fiesta mexicana*

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

264 p.

(Serie Historia General, 35)

ISBN 978-607-02-9484-6

Formato: PDF

Publicado en línea: 14 de noviembre de 2017

Disponible en:

[www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cohetes/682.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cohetes/682.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## INTRODUCCIÓN

Los fuegos verdaderos y los artificiales han sido, desde la más remota Antigüedad, el tema principal del programa o de la crónica de toda fiesta, no habiendo una de ellas que no los haya utilizado como un elemento fundamental que busque agradecer, gozar de su brillo o alabar su magnificencia. Es difícil imaginar una fiesta sin “contextura visible”, sin lo que hace su ambiente, elementos que invocan su verdadero origen litúrgico, aunque en la mayor parte de las ocasiones éste se haya agotado u olvidado.<sup>1</sup> Ese entramado —al que contribuyen los fuegos, la música, la danza y la comida— no es propiamente la sustancia de la fiesta, aunque va más allá de su apariencia visual y auditiva. Entre los siglos XVI y XIX, especialmente con las luminarias y “las invenciones de fuego”, se pretendía —además de que el festejo fuera el más relevante— la mayor alabanza y una demostración de regocijo. Por eso siempre hubo justificación a propósito del gasto exagerado en ocotes encendidos, pipas con leña, cazuelas o toneles con alquitrán, hachas de cera, cirios, pólvora, cohetes y elaborados artificios. Los encargados de la fastuosidad de cada fiesta, destacaron a lo largo de su devenir, que hubo en cada ocasión “gran cantidad de luminarias” (colocadas en plazas, azoteas, balcones, ventanas y puertas), “innumerables cohetes e invenciones” (subrayando el largo tiempo que duró su espectáculo) y, no pocas veces, expresaron que “no se habían visto otros fuegos tan lucidos”.



Tanto en Europa como en México, abundan los ejemplos que confirman la importancia de los artificios en todo tipo de celebraciones.

<sup>1</sup> A propósito de “la contextura visible” véase Josef Pieper, *Una teoría de la fiesta*, Madrid, Rialp, 1974, p. 67-69 [primera edición: Munich, 1963].

Según el cronista anónimo que narró las fiestas que hizo la ciudad de Puebla (Nueva España) en 1623, por las canonizaciones de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, el regocijo de la ciudad fue general “por andarse toda en fuegos”.<sup>2</sup> Un siglo después, el ingeniero y matemático Giuseppe A. Alberti Bolognese creía que no había duda de que “en las demostraciones públicas de alegría”, los fuegos contribuían a la común felicidad.<sup>3</sup> Por su parte, el enciclopedista Louis Cahusac, pensaba que se ofrecían a los pueblos en “las ocasiones solemnes”, siendo “un medio brillante de regocijo”.<sup>4</sup> En un documento novohispano de 1801, se consideraba a los fuegos de la feria de Xalapa como una de las distracciones que más causaban curiosidad.<sup>5</sup> El afamado pirotécnico francés Claude F. Ruggieri (activo e influyente durante la primera mitad del decimonono) expresó, contundente, que no había fiesta sin iluminación y sin fuego de artificio; afirmaba que de todas las fracciones de un festejo, era lo que tenía más aliciente para la multitud, lo que regocijaba más agradablemente la vista, lo que el pueblo más deseaba ver.<sup>6</sup> Para Jean Charles Herpin (químico que escribió hacia 1824), los fuegos artificiales hacían la parte más interesante de las diversiones en los regocijos públicos porque no había entretenimiento que produjera “un efecto más admirable y variado”.<sup>7</sup> La viajera escocesa Frances Erskine Inglis expresó que en el México de 1842 que ella conoció, la manera favorita de conmemorar cualquier acontecimiento, tanto de día

<sup>2</sup> “No se podía hacer más. Relaciones de las fiestas por la canonización de Ignacio de Loyola y Francisco Javier en México (1622) y Puebla (1623)”, texto crítico, paleografía y anotaciones de Julio Alonso Asenjo, en *TeatrEsco, Revista de Antiguo Teatro Escolar Hispánico*, n. 2, 2007, <http://parnaseo.uv.es/>.

<sup>3</sup> Giuseppe Antonio Alberti Bolognese, *La pirotechnia o sia trattato dei fuochi d'artificio*, Venecia, Appresso Gio. Battista Recurti, 1749, p. IV.

<sup>4</sup> Louis Cahusac, “Feu d’artifice”, *Encyclopedie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et dess métiers, Par une société des gens de lettres*, tercera edición enriquecida con muchas notas, À Livourne, De L’Imprimerie des Éditeurs, 1772, t. VI, p. 599.

<sup>5</sup> Archivo General de la Nación [en adelante AGN], *Ramo Historia, Diversiones Públicas*, v. 472, exp. 6, 1801.

<sup>6</sup> Claude Fortuné Ruggieri, *Précis historique sur les fêtes, les spectacles et les jouissances publiques*, París, 1830, p. 204.

<sup>7</sup> Jean Charles Herpin, *Recreaciones químicas o colección de experiencias curiosas e instructivas*, Barcelona, Imprenta de M. Sauri, 1829, p. 1 [primera edición: 1824].

como de noche, era con cohetes y petardos.<sup>8</sup> Gracias a los hallazgos científicos, escribía el catedrático Jules Rossignon, los gozos públicos se veían favorecidos por la afluencia de gentío y por la satisfacción de los espectadores —“muchas veces traducida por ruidosas aclamaciones”—, lo que probaba el gusto que tenían todos los pueblos por los fuegos de artificio.<sup>9</sup> Es, en fin, en ese eterno tiempo festivo —cuando los espíritus están “propicios al júbilo y al asombro”— que un cronista mexicano pudo afirmar, en 1910, que las luces acompañadas de las detonaciones de las bombas eran “una de las festividades favoritas de nuestro pueblo” y lo que más lo hacía “vibrar y estremecerse”.<sup>10</sup>



A través de sus fuegos, podemos hacer una lectura de los objetivos y alcances de cada fiesta, desde el punto de vista del poder civil o eclesiástico, así como de la convocatoria que hacen para la fiesta popular. Tan sólo con el lenguaje llano o las alegorías que los refieren antes y después de las celebraciones, es posible acceder a una parte importante que explica ese todo que denominamos el mundo festivo. La historia de los cohetes mexicanos hunde sus raíces en el Medievo, otro pretexto, que lleva a descubrir los imaginarios que han nutrido la fiesta a lo largo de su devenir desde entonces. Los argumentos de este libro, por lo tanto, se remontan a la pirotecnia militar y de alegría surgida a partir del siglo XVI con el desarrollo de la artillería, en la que fue fundamental el conocimiento alquímico de los árabes que, desde el siglo XII, perfeccionaron los componentes de la pólvora inventada por los chinos varios siglos antes. Asimismo, a la importancia que tuvieron en el origen de la pirotecnia festiva mediterránea, las fiestas de pólvora de “los moros” que habitaron la península ibérica. Entre otras cosas, he rescatado las analogías que vinculan a la fiesta con la guerra, al compartir ambas

<sup>8</sup> Madame Calderón de la Barca [Frances Erskine Inglis], *La vida en México*, 2 t., México, Editorial Hispano Mexicana, 1945, t. II, p. 144.

<sup>9</sup> Jules Rossignon, *Manual del cohetero y polvorista*, París, Librería de Rosa y Bouret, 1859, p. 1.

<sup>10</sup> *El Imparcial*, 16 y 18 de septiembre de 1910.

el uso de la pólvora, con todo y su paisaje olfativo y sonoro. Me dedico también a la pirotecnia celebrativa que recrea lo que sucede, tanto en la magnífica bóveda celeste como en algunos fenómenos sublimes de la naturaleza; al arte efímero de la pirotecnia —tan efímero como la presencia del rayo, del trueno y del relámpago— expresado por sus artificieros, a partir del mensaje de las invenciones o los ingenios, así como a la habilidad que alcanzaron los coheteros mexicanos que fabricaban, al decir de todos los extranjeros, los cohetes más veloces, más tronadores y más altos en el cielo. Lugar especial ocupan los pormenores de la pólvora durante la conquista y su contundente impacto en la mentalidad indígena, que se apropiará festivamente de ella y los avatares de esa mezcla y sus componentes, a través del Estanco, su fábrica, su contrabando y producción clandestina, asuntos que permearon la conformación peculiar de los coheteros frente al control de las autoridades.

Propongo, igualmente, hacer un recorrido por la historia novohispana y mexicana de la fiesta religiosa, civil y mundana —a partir de sus indispensables fuegos y luminarias— y por el imaginario en cada tiempo de esas fiestas que, al menos de forma más evidente, recibieron la herencia directa de las solemnidades francesas y españolas, cuyos emblemas, alegorías, figuras mitológicas y temas en cuanto a “invenciones de fuegos”, estaban inmersos, primero, en muchas fantasías medievales y renacentistas, y luego, fueron dando lugar a la necesidad de lo moderno, de lo republicano, del nacionalismo, de lo romántico y de la moderación. Al respecto, fue interesante constatar que en nuestra historia, también hubo lo propio y característico de algunos artificios, así como la larga duración de figuras como la del castillo o la de los toritos pirotécnicos que, a pesar de su estrecha relación con el universo cultural hispano, desde los primeros años del siglo XVII lograron su independencia, si bien el alegre animalito, no perdió nunca su arcaico valor como símbolo de luz y de vida. Otras cuestiones de interés son la de la fascinación gozosa o la tragedia que, en cada caso significó el incendio de los fuegos artificiales, incluidos su ficción, su riesgo y sus desastres; la de la magia de la noche festiva, en la que el poder de los fuegos la hacían parecer de día y la del hecho, nada despreciable, de que constituían el final de finales, el clímax de cada celebración. Por último, ofrezco una interpretación diferente a las conocidas sobre el origen, en México, de la popular y catártica quema de los traidores monigotes

llamados Judas durante los Sábados de Gloria. Con respecto a todos los capítulos, el lector descubrirá que hay una inevitable relación entre ellos, aunque cada uno también puede leerse por separado. Los límites temporales van desde el siglo XVI hasta el XIX inclusive, en un largo período en el que no se utilizaba de forma habitual la luz eléctrica. En cuanto a su espacio, trato, básicamente, lo sucedido en la ciudad de México, si bien, incluyo ejemplos interesantes ocurridos en algunos estados o regiones del país, o en su caso, en otras latitudes.



Este libro es resultado de muchos años de investigación a partir de mis proyectos sobre las fiestas y el mundo simbólico de los toros, inscritos en la historia cultural mexicana. Además, dediqué los últimos tres años —incluida la redacción— a conocer las particularidades de la pólvora, la pirotecnia y las luces y fuegos de cada fiesta evocada en estas páginas, lo que significó regresar a los archivos y bibliotecas con nuevas perspectivas, e incorporar la consulta de importantes acervos españoles que me permitieron ubicar las raíces de la pirotecnia en nuestro país y su propio desarrollo científico. Pude acceder en esos últimos repositorios, incluso, a una vasta colección de grabados y litografías que desde el siglo XVII constituyeron una magnífica crónica visual de este arte efímero —asunto que en la Nueva España y en México no fue imitado, encontrando acá imágenes alusivas hasta las últimas décadas del siglo XIX, de las cuales inserto algunas, que más que ilustrar, documentan las interpretaciones que sugiero en esta edición—. Expreso, con sinceridad, mi agradecimiento a los doctores Víctor Castillo y Javier Sanchiz, quienes leyeron y comentaron críticamente asuntos valiosos (para mí) de este relato y a la maestra Ónix Acevedo por el diseño de la viñeta que acota el tratamiento de cada tema. Igualmente útiles, han sido las observaciones de los alumnos del curso Toros y Sociedad en el siglo XIX y de los participantes del Seminario Taller Especializado El Sagrado Ciclo del Tiempo —imparto ambos en la licenciatura en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México— con quienes, muchas veces, he argumentado y discutido varias hipótesis preliminares. Como siempre,

conté con el apoyo de los miembros del Departamento de Computo del Instituto de Investigaciones Históricas, en especial de María Teresa Mondragón, Alonso González Cano y Alfredo Domínguez; de todo el personal de la biblioteca Rafael García Granados y el del Departamento Editorial, de su coordinadora Rosalba Cruz y quiero destacar el cuidado de la edición a cargo de Natzil Vilchis.



Hablando del fuego, de la pólvora y de los artificios creados con estos dos, se volvió lugar común entre los extranjeros decimonónicos que estaban en relación con la corte española, la anécdota de que los mexicanos, en todo momento, no hacían más que tronar cohetes.<sup>11</sup> Sin negar que también pudiera haber en ella un juicio de mis conacionales como ruidosos y alborotadores —que encontraba eco en la manera de pensar de las elites mexicanas—, es evidente que, en lo que a la fiesta se refiere, da cuenta de una peculiar costumbre celebrativa de larga duración en la memoria colectiva, motivo más que suficiente, para emprender la aventura atractiva de reconstruir solemnes tramos de su inédita, original y cohetera historia.

<sup>11</sup> Primero la contó Claudio Linati en *Trajes civiles, militares y religiosos de México* (1828), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1956, p. 106, y quince años después, aunque variando a los personajes de la acción, Calderón de la Barca, *op. cit.*